

**BALTASAR GARZÓN**

# **LA ENCRUCIJADA**

Ideas y valores frente a la indiferencia

**Prólogo de Pepe Mujica**

**Epílogos de Dolores Delgado, Rigoberta Menchú, Aruna Roy, Vijay Prashad, Lula da Silva, Boaventura de Sousa Santos, Yanis Varoufakis y Eugenio Raúl Zaffaroni**



## PRÓLOGO

Desde el Sur y en tiempos de coronavirus, tengo que recordarme que me enteré de que existía el juez Garzón cuando estalló el intento de juicio a Pinochet. Vaya contradicción la mía y la de tantos. Se trataba de la suerte de un criminal golpista, que, además, siguió para montar el modelo neoliberal en su máxima profundidad. Todo se transformó en Mercado, incluidas la vergüenza y la esperanza. Von Hayek –el Pope de Mont Pelerin Usina neoliberal– afirmará que había más libertad en el Chile de Pinochet que en cualquier país europeo. Esto, porque la libertad económica es la que importa al neoliberalismo.

Sin embargo, los que pertenecemos al Mundo de los Débiles, Emergentes, etc., reconocerle a un Juez del Mundo Rico la potestad de juzgar a un exmandatario de América Latina era inaugurar un camino muy peligroso para quienes en nuestra historia hemos padecido intervenciones imperiales reiteradas. Es muy real que existe jurisprudencia internacional y antecedentes. Más cierto es que mucho más debería existir, pero muchas veces la justicia cede ante el peso de las Grandes Potencias.

Pasado el tiempo supe de los avatares y las peripecias de Garzón y simpaticé con sus luchas por la jurisdicción universal frente a los genocidios y crímenes de lesa Humanidad. Tan

importante y más para el futuro de la Humanidad es la idea de Justicia Universal ante los ecocidios; me parece una defensa necesaria para la vida en el planeta.

Las dudas surgen de la historia, el Derecho se utilizó para justificar la dominación y esto es el abecé de todos los imperios. Sin embargo, siempre hubo *sapiens* que por lo menos trataron de salvar el honor de la especie. Baltasar Garzón es uno de ellos.

Hay gotas de «sangre jacobina» en este ensayo que intenta hacer pensar sobre una realidad contemporánea dramática. Se nota una angustia ante la impotencia de la política contemporánea de trascender una conducta inmedatista de lucha por el poder. «Matamos el planeta..., nos estamos suicidando», dice Garzón en la introducción, y me deja pensando aquello de que un pesimista es un optimista informado. Es posible resumir cada capítulo de este trabajo en preguntas removedoras.

¿Hay «anquilosamiento del pensamiento político» en las izquierdas hoy? ¿Ser progresista es mucho más que querer progreso? ¿En quién se puede confiar?

Elabora un largo ensayo muy muy español, en el que se ataca la enorme dificultad de las izquierdas para juntarse. Una historia larga muestra que las derechas se juntan por intereses y que las izquierdas se separan por ideas y esquemas.

Otra idea central del autor es anotar el uso descarado de la democracia por un discurso emocional de las derechas para imponerse y acerrojar a la democracia. Es el camino de Hitler o Franco. En tiempos de *fake news*, la mentira se transformó en un método de acción política de las ultraderechas.

En el duro tema de la inmigración, este europeo, desde un continente envejecido, clama contra el estúpido racismo y le recuerda a la izquierda el valor de la solidaridad. ¿Encontrará respuestas? En las páginas dedicadas a la economía nos intima

a enfrentar el neoliberalismo, a no caer en fanáticos extremos y a revalorizar la ética para reconquistar confianza. Se nos convoca a discutir nuevas variables en los fundamentos de la economía y su cultura. Poner en el banquillo la concepción de que solo cuenta la competencia y el mercado, que hay que aceptar las enormes desigualdades como un hecho natural.

Por allí Garzón define «vivimos en una sociedad estructuralmente amoral». En los capítulos dedicados a la justicia está tal vez lo medular y singular del autor. Salta a la vista la larga cadena de injusticias de la historia de la justicia humana; siempre encorsetada entre las clases sociales hay una filosofía del Derecho en estas páginas, de considerarlo un instrumento regulador de la conducta humana, tras la intención de cultivar valores y asegurar confianza en la sociedad. No obstante, se reconoce la larga lista de atrocidades apañadas por la justicia, siempre jaqueada por el poder. La judicialización de la política, el acoso autoritario sobre la justicia, la separación de poderes, las influencias mediáticas y el *lobbismo*, la impunidad en las violaciones a los derechos humanos, los ecocidios sin respuesta, etc., desfilan por estas páginas con compromiso y a veces reflejan una madura frustración.

Ante la evidente crisis de confianza generalizada en nuestra época, que arrastra a instituciones como la justicia y la política, resulta muy útil hacerse las preguntas que surgen como puños de la prosa de Garzón.

Seguramente se concordará o no, pero importa salir de la neutralidad inocua y pasiva. A partir de esto es posible comprometerse y darle una causa a nuestra vida. Intentar vivir para y por cambiar una cultura, siempre por los demás, pero, en el fondo, por nosotros mismos. Una forma de honrar el milagro de vivir.

JOSÉ MUJICA, *PEPE*  
Expresidente de Uruguay

## INTROITO

Desde que decidí escribir estas reflexiones, han ocurrido muchas cosas y han tenido lugar muy graves acontecimientos. Estaba previsto que este libro viera la luz el 1 de abril del 2020. Sin embargo, en el ínterin, nos agarró la covid-19, y cuando digo «nos agarró» es que realmente lo hizo como sociedad, con nombres y apellidos de miles de personas, muchas de ellas fallecidas, otras sufriendo aún las consecuencias de la pandemia y otras, como yo, afortunadamente recuperadas. Antes de que todo esto sucediera, pensé en cuál sería el título adecuado y me encontré con que ninguno de los que me venían a la mente cuadraba con la sensación de vacío y ansiedad que me produce la situación política de España y del mundo en general. De hecho, me hallaba en una encrucijada vital: abandonar el intento o reunir fuerzas y trasladar al papel algunas reflexiones que a veces surgen a borbotones y otras vienen arrastradas y construidas durante mucho tiempo. Fue así como decidí que el título de este libro debía representar el estado actual de incertidumbre en el que vive la sociedad española en particular y la internacional en general. El título de *La encrucijada* se acomodaba de forma idónea al momento social y político en el que nos hallamos, y en él se encuentra todo el espectro de

la izquierda política, que, en este instante, debe decidir la senda que tiene que seguir, o permanecer inerte ante los nuevos desafíos, o afrontar los cambios necesarios y buscar horizontes y espacios progresistas más amplios, a nivel nacional e internacional. En este sentido, la Internacional Progresista como iniciativa universal que cuajó en estos meses me parece idónea para esa transversalidad y versatilidad de este New Deal.<sup>1</sup>

Cuando comencé a elaborar esta pequeña obra, aun viviendo tiempos revueltos, nos encontrábamos en lo que ahora podemos llamar en retrospectiva una «normalidad predecible». A punto de entrar en imprenta, ese mundo conocido con sus luces y sus muchas sombras, sus crueldades y falta de empatía sufrió un vuelco terrible con fronteras cerradas, ciudades aisladas y una sensación de ansiedad provocada por la epidemia de un virus casi desconocido, contra el que no estamos inmunizados y que ataca con especial saña —como ocurre siempre— a los más vulnerables. Y ahora, en época de retroceso de la covid-19 (al menos por el momento), nos encontramos con lo que se ha dado en llamar «nueva normalidad», que ni quien ha elegido el término sabe bien lo que significa, y a la que tenemos que dotar de contenido en una situación de estado de necesidad social, política y económica y yo diría que vital.

Debo reconocer ante todos ustedes que me gustan las películas y series (consumo muy habitual en estos tiempos de plataformas digitales) de ciencia ficción y, entre ellas las distópicas. Siempre he pensado que la imaginación humana, nótese el ejemplo de Julio Verne entre otros, es de tal fuerza y potencial que puede predecir e incluso guiarnos hacia unas realidades apenas intuitas, conocidas o imaginadas en el momento actual. Esto era así hasta que apareció el virus. La pandemia pasaría y sin duda superaríamos la emergencia, pero entonces vi que, más que nunca, el mundo se encontraba ante una nueva

encrucijada, todavía mayor si cabe, porque de esta crisis se podría salir o iniciando una nueva fase de convivencia y armonía internacional –porque todos nos encontrábamos por primera vez juntos frente a un enemigo común– o haciendo estallar cualquier posibilidad de solución viable. La realidad cruel de los acontecimientos nos puso frente a nosotros mismos para decidir qué camino tomar. Volveríamos a la «normalidad» pero muchos ya intuíamos que las cosas no serían igual que antes. La voz del Papa Francisco y la del secretario general de Naciones Unidas, António Guterres, reclamando el alto el fuego en las guerras en curso que aún asolan el planeta, sonaban al unísono buscando paliar el doble sufrimiento de las víctimas. Guerra y pandemia juntas forman un binomio sencillamente insufrible que forzó las treguas en Siria, Yemen y Libia. Aunque dudo mucho de que esa tregua sea real y no esté encubriendo el apoyo de terceros países para recrudecer las acciones, cuando la crisis pase. Ojalá me equivoque y el buen juicio se imponga tras la pandemia, se superen los conflictos y se entierren los enfrentamientos bélicos para siempre. Pero ya sabemos que la fuerza de la industria de las armas y la carrera armamentística reaparecerán. Si tuviéramos el buen juicio que se nos presume, invertiríamos en todo aquello que la covid-19 ha demostrado que nos falta: recursos sanitarios, fortalecimiento económico de los más vulnerables, soluciones para las migraciones, hambre, pobreza... Tenemos ante nosotros la gran oportunidad de revalorizar la vida y dejar de matarnos por nuestras diferencias, por un territorio, por unos recursos naturales o por el poder de un iluminado o de unos pocos que se creen superiores, vistiendo y disfrazando esa ambición desnuda con el amor a la patria, a una revolución o a la libertad o a un Dios todopoderoso por el que merece la pena asesinar al prójimo y morir uno mismo. Si en algo debiéramos coincidir todos los seres humanos que

cohabitamos este planeta es en que, seamos creyentes o no, la única revolución posible es la de potenciar y dignificar la vida por encima de las diferencias que puedan y deban manifestarse entre nosotros. Ese valor superior y común, cuya fragilidad hemos visto ahora cuando no se antepone su defensa a los demás intereses que, además de ser meramente coyunturales, atacan a ese milagro único que es la vida. Debemos, de una vez por todas, aprender a resolver nuestros conflictos con los argumentos, el diálogo, la negociación y, en último término, la justicia, pero nunca con la cruda violencia ejercida sobre el otro. Tenemos una oportunidad para hacerlo realidad. Sé que es muy difícil que se llegue más allá de esta buena voluntad, pero no por ello hay que dejar de intentarlo y volver una y otra vez a la buena senda, sobre todo ahora que nos hallamos ante un tiempo nuevo surgido de la incertidumbre, la desesperación y el dolor de una catástrofe como la que estamos viviendo.

En esta crisis, el miedo ha sido un factor que tener en cuenta, en especial por el aprovechamiento que con gran falta de prudencia realizaron determinados personajes, expertos en esparcir mentiras y exageraciones cuyo seguimiento, en su caso, sin cuestionar palabra alguna, denotó falta de confianza en las instituciones, lo que se puede traducir en una falta de credibilidad en el sistema. Un sistema en el que diferentes actores políticos creaban el ambiente en el que la acusación quedó por encima del diálogo y la descalificación se impuso por encima de cualquier otro criterio, en este caso, por encima de la salud y el respeto al dolor de aquellas familias a las que esta pandemia les arrebató a uno de los suyos.<sup>2</sup> Ciertamente es que la crisis se remontó, se controló el temor, al menos hasta cierto punto, y quedó en el imaginario común la necesidad de solidaridad y el mirarse en el otro. A las grandes plagas suele acompañarlas siempre lo peor pero también lo mejor de nosotros mismos y

ese aspecto es el que quiero destacar en este tiempo complicado de una enfermedad brutal que muchos, demasiados, no han conseguido superar.

Para nadie fue fácil. Empezando por los sanitarios que debieron enfrentar las primeras semanas sin equipos adecuados de protección. Muchos enfermaron. Algunos incluso perdieron la vida debido a que la enfermedad fue especialmente intensa en ellos a causa de la sobreexposición al virus (la carga viral según los expertos). No fue fácil ver el telediario o leer las noticias y enterarnos de que morían diariamente 200, luego 300, 500 personas, y que cada día que pasaba esa cifra no hacía más que crecer y crecer hasta llegar a más de novecientas muertes diarias en los momentos culminantes del proceso. Ha sido algo estremecedor que no ha dejado indiferente a nadie, que a ratos parecía una pesadilla o una película de terror, algo verdaderamente increíble hasta que te enteras de que ha enfermado alguien conocido, que dentro de esa cifra diaria brutal se ha ido un amigo o un personaje público querido, o hasta que uno mismo cae enfermo. Salir a los balcones a aplaudir se transformó en nuestro nuevo rito colectivo para dar ánimo, darnos ánimo y agradecer a nuestros sanitarios y a todos quienes no podían dejar sus tareas como farmacéuticos, agricultores, camioneros y dependientes de supermercados, las Fuerzas y Cuerpos de Seguridad del Estado, la UME o incluso el Ejército sin más. Pero, también era una necesidad para compartir ese miedo a lo desconocido que nos atenazaba la garganta hasta que fuimos capaces de romper el silencio y gritar al unísono para superarlo. No solo es solidaridad, sino también, necesidad común y conciencia de a lo que nos enfrentamos, y, por ende, mayor exigencia a quienes nos representan a los que ya no se les puede permitir más pérdida de tiempo y más confrontaciones vacías y cobardes.

El hecho de haber permanecido confinados, haciendo piña, todos a una, porque era nuestra forma de colaborar, nos dio fuerzas para exigir que los representantes políticos estuvieran a la altura, aunque muchos cayeron ante los ojos doloridos de quienes solo a través de las pantallas de televisión veíamos reproducirse viejos esquemas en un Congreso de los Diputados diezmado de componentes, pero lleno de la misma vaciedad por parte de quienes siguen creyendo que todo vale con tal de amarrar una cuota de poder. Los días pasaron y vinieron las consecuencias económicas, en muchos casos desastrosas, cuyas secuelas todavía padecemos. El futuro de la economía, de la relación entre los ciudadanos y la nueva política que se avecina tras superar la epidemia son aún las grandes incógnitas por desvelar. En este punto me pregunto en el caso de España, ¿qué hubiera ocurrido de no haber tenido un gobierno de coalición progresista al frente de la situación? Las medidas económico-sociales planteadas, aun no siendo de excelencia, sí miraron por atender al más vulnerable e intentaron que nadie se quedara atrás ni abandonado a su suerte, igualando la situación de los ciudadanos en el mejor sentido posible. El Ingreso Mínimo Vital llegó cuando más se le necesitaba, y llegó para quedarse, completando por fin el Estado del bienestar, poniéndonos a la par con nuestros socios europeos, o al menos con los que nos gusta compararnos, beneficiando no solo a quienes directamente perciben esta prestación, sino a la sociedad en su conjunto e incluso a la economía y su recuperación pospandemia.

Enfrente, partidos de la oposición –no todos, pero sí especialmente los de derechas– que, ocultando de forma torcicera sus propias miserias en la gestión de la pandemia en sus respectivos ámbitos territoriales, sobre todo en Madrid, acudieron a lo fácil para obtener rédito político, utilizando la descalificación y la acusación de negligencia, desde el inicio

mismo de la crisis, como arma arrojada en un momento en el que el esfuerzo común, la sinergia y la colaboración era demandada por todos. Las políticas sociales son las que marcan la diferencia entre un gobierno de coalición progresista y uno de derechas. No es posible olvidar cómo en la crisis del 2008 los recortes del Partido Popular en el poder, a partir del 2011 y hasta mayo del 2018, llevaron al sufrimiento extremo de los más desfavorecidos. Por todo ello, y porque conocemos los efectos nefastos y crueles del austericidio en los más vulnerables y para un trato realmente igualitario de la humanidad, debemos esperar que lo sucedido nos lleve a reconsiderar los derroteros de la economía y del neoliberalismo y nos alejemos de sus propuestas de un capitalismo salvaje y un juego de mercado despiadado que depreda el planeta como si no hubiera un mañana, consumiendo recursos no renovables y destruyendo ecosistemas completos y contaminando el aire que respiramos y que nos ha llevado al calentamiento global y la emergencia climática. Una de las externalidades positivas que tuvo la pandemia fue precisamente esta, la reducción drástica de las emisiones de CO<sub>2</sub>.

En medio de mi convalecencia me preguntaba: ¿y qué hay de nuestras hijas y nietas, de los hijos y nietos?, ¿acaso no podemos dejar de quemar combustible fósil y ponernos a fabricar más y más paneles solares para mantener este bajo nivel de CO<sub>2</sub> y dar una oportunidad a las nuevas generaciones de tener un futuro?<sup>3</sup> Y, como en tantas otras ocasiones, aparecieron, cuando los efectos de la enfermedad comenzaron a remitir, las disensiones, la falta de solidaridad, las ruidosas protestas vacías de contenido, en una situación inverosímil en la que se denostaba lo que el gobierno hacía, pero no se aportaban soluciones. Solo se practicaba la mera erosión política con fines de desgaste del contrario.

Volvió también la contaminación. A medida que China retomaba su actividad económica se recuperaban a grandes pasos los niveles de contaminación atmosférica de antes de la pandemia. Lo propio acontecería después con los demás países industrializados. Qué decepción.

No soy filósofo, aunque sí un asiduo lector de filosofía, materia que cada día tiene más importancia para mí, en tanto que pone el acento en las ideas y resalta la necesidad de los valores para hacer frente a la oleada de indiferencia que hasta ahora inundaba nuestra sociedad. A pesar de todo no pierdo la esperanza y aspiro a que esta situación extrema nos lleve a recomponer nuestra relación con los demás, basada en el respeto mutuo, para afrontar los enormes retos que como humanidad nos aguardan, y en los que se comprobará, realmente, si hemos aprendido la lección, si somos capaces de ofrecer soluciones que nos salven como especie o estamos abocados a una extinción más o menos próxima. Sin embargo, he de reconocer que, conforme va pasando el tiempo, me descubro más pesimista con la evolución de la situación, pero, precisamente por ello, considero mucho más necesaria esta reflexión y la proactividad de quienes pensamos que una visión progresista y humanista debe estar en la base del cambio necesario.

Repasar los clásicos me trae la paz interior que necesito para digerir lo que acontece a nuestro alrededor. Leer filosofía se ha convertido en una terapia autoimpuesta a la vez que una necesidad para seguir aprendiendo por dónde avanzar en estos tiempos complejos y definitivos para la humanidad. Es curioso que haya que buscar respuestas dadas hace dos mil quinientos años y que no seamos capaces de definir las ahora que disponemos de todos los avances tecnológicos. Pueden alegar que no es así, porque gracias a esos adelantos tenemos al alcance de la mano todos los elementos que resuelven

nuestras necesidades, pero creo que no es verdad. Tales mejoras nos quitan el tiempo necesario para pensar en lo que más importa, en quiénes somos y en qué queremos.

Nos estamos olvidando de pensar por nosotros mismos y nos contentamos con las respuestas prefabricadas que recibimos, como la comida basura que nos meten por la boca a modo de «gansos», listos para engordar un hígado que se venderá como *delicatessen* por cientos de euros y, así, engrosar los miles y millones de múltiples estructuras financieras indispensables –nos aseguran– para sobrevivir. Pero, al final del día, si lo pensáramos bien, asumiríamos que, por el contrario, son instrumentos letales para nuestra supervivencia. La reflexión y el análisis de las causas de los problemas, como componente básico para buscar soluciones, y la voluntad de reconocer los tremendos errores que cometemos en la gobernabilidad y sostenibilidad de cada país y del mundo en general, hoy por hoy, están prácticamente excluidos de cualquier planteamiento de gobierno. Solo lo inmediato, lo epidérmico, es lo que se impone y, como consecuencia, la solución que se ofrezca solo afectará a la parte tratada: a la piel, a lo superficial. Con ello vendrá el olvido de lo nuclear, de lo que causa esta vaciedad y que determinará nuestra suerte como sociedades democráticas en una deriva incontenible.

No nos damos cuenta, pero nos encontramos en una especie de bucle tóxico que contamina nuestra capacidad de análisis y razonamiento, conduciéndonos irremediabilmente a un desastre total. Puedo parecer catastrofista, pero es la realidad que nos ha tocado vivir y que no queremos ver, quizás porque comporta asumir nuestros errores, nuestro destino, nuestro fracaso como sociedad, como especie humana. Esto me lleva a una primera reflexión. Estamos perdiendo la capacidad de pensar sobre lo que somos y lo que queremos ser

en el mundo en este momento crítico que vivimos hoy; un momento que no es igual a ningún otro y que comporta sus riesgos y peligros para la propia supervivencia; un momento en el que la movilización mundial de los ciudadanos sobrepasa todas las previsiones y puede convertirse en ira popular ante la falta de respuestas desde la política, la economía y la justicia. Ello me conduce también a afirmar que solo a través de este comportamiento reflexivo y sensato, que regía en tiempos de los clásicos y que se desarrollaba en el ágora ateniense como espacio de diálogo y encuentro, será posible construir soluciones sostenibles para todos.

Un tiempo de reflexión profunda para afrontar los nuevos retos, retos definitivos, ahora sí, para nuestra propia pervivencia como especie y como mundo conocido. Sin embargo, la fatuidad de muchas actitudes y la inconsistencia de los planteamientos que destilan una gran parte de los grupos políticos que han renunciado definitivamente a la profundización en las causas de la crisis muestran la escasa talla de los que hoy día se autoproclaman líderes del mundo, así como el miedo a los desafíos que deben ser afrontados. Los propósitos a plazo inmediato, a partir de los cuales se gobierna, solo retratan a quienes tienen como única ambición detentar el poder por el poder, sin buscar soluciones a los problemas reales y profundos que padecemos y que solo se construyen a medio y largo plazo.

Esta forma de gestionar la cosa pública no aporta ninguna solidez a la vida de la ciudadanía, que permanece ajena a tan mezquina ambición, pero sufre sus consecuencias. El 15 de diciembre del 2019 concluyó la cumbre del clima COP25. Y donde se debían haber concentrado estudios, análisis y respuestas, tan solo se obtuvo como resultado reuniones vacías de contenido, peleas y ausencias notables de esos líderes que pare-

cían dar por amortizada la cumbre e incluso la suerte del planeta. Palabras y solo palabras una vez más. Me pareció que la cumbre alternativa a la oficial fue, como siempre, mucho más realista y consistente en contenidos y propuestas. Pero pronto fue rechazada con los consabidos «latiguillos» de que sus planteamientos eran irrealizables, utópicos, económicamente inviables, etc. ¡Claro que lo son! Pero lo son para quienes defienden un sistema económico cancerígeno de capitalismo salvaje, de imperialismo financiero que nos lleva a pasos agigantados hacia la consolidación de la pobreza extrema y, por ende, hacia una desigualdad conscientemente definida para beneficio de unos pocos; esos que se distribuyen las riquezas de forma especialmente grosera.

Lo peor es que son estas estructuras corporativas y estas personas de la élite quienes normalmente nos hablan y proponen soluciones para salvar el planeta, siempre y cuando, claro está, sus intereses queden debidamente protegidos. Saben que ese no es el camino, pero les aterra una respuesta diferente, porque la ejecución y el logro de los objetivos a los que aspiramos les harían perder sus privilegios, obtenidos a costa del esfuerzo conjunto de los demás. Si bien pueden aceptar que, de una u otra forma, los demás hemos contribuido a su éxito económico, finalmente atribuyen el mérito a su inteligencia, a su estrategia, a su habilidad para hacer negocios o, simplemente, a la herencia recibida y que les ha permitido llegar a donde están, sin que nadie tenga derecho a discutirles su poder y sus privilegios. Es decir, solo asumen lo inmediatamente próximo y lo que les interesa, olvidándose pronto del origen de su riqueza, que prefieren, deliberadamente, ignorar, porque lo que han conseguido ha sido con unas reglas de juego injustas desde el inicio. Y cuando la suerte les es adversa acuden a lo que haga falta para recuperar su posición de poder y privilegio inicial, así

sea un rescate bancario que luego tenemos que pagar todos los contribuyentes.

Esta inercia es la que hay que romper o revertir para que garanticemos un futuro mínimamente sostenible. Matamos el planeta y con ello nos estamos suicidando de manera irremisible, como una suerte de estampida que va directamente al precipicio, como en una especie de carrera hacia el final, haciendo gala del pensamiento heideggeriano de que el hombre es un ser para la muerte. Lo peor de todo es que lo asumimos con una especie de estoicismo descontextualizado que nos paraliza (¿inutiliza?) para responder y romper la dinámica. Afortunadamente, la semilla del descontento ha ido produciendo brotes de cambio aquí y allá (Chile, Colombia, Francia, Grecia, Portugal, España, Primavera Árabe, Ecuador), pero a poco que se descuiden son abortados (Primavera Árabe) o aniquilados (Turquía) o sometidos por golpes de estado más o menos blandos (Honduras, Paraguay, Brasil, Bolivia), todo ello porque nos quieren imponer un suicidio colectivo en vez de trabajar en común por la salvación de la humanidad y de la biodiversidad del planeta que nos acoge.

La inercia nos está llevando aceleradamente a nuestra propia extinción. El cambio en los planteamientos políticos, religiosos, económicos y sociales es no solo necesario, sino imprescindible para la supervivencia. ¿En manos de quiénes estamos? Quizás siempre ha sido lo mismo, es decir, que el mundo que hemos construido, salvo momentos estelares a los que se refería Stefan Zweig,<sup>4</sup> en mayor o menor medida adolece siempre de los mismos defectos: la desigualdad, la xenofobia, el racismo, la intolerancia, la pobreza, la tiranía, la guerra, las ansias de poder y la sumisión del más débil. Solo puntualmente se imponen la conquista de la libertad

y de la democracia en lugares concretos del planeta; de los Estados de derecho que no acaban de consolidarse más allá de concretos límites territoriales, pero no en forma universal, como la propia naturaleza de los derechos humanos exige.

Si echamos la vista atrás y analizamos tales liderazgos, veremos que sus mejores representantes o fueron decapitados, descuartizados, envenenados u olvidados, mientras que los peores siempre triunfaron. *Juego de Tronos*, la serie de HBO de fama mundial, es un buen ejemplo de ello. La situación que hoy estamos viviendo en el mundo es de suyo conocida, hasta el punto de que no encuentro palabras nuevas que la definan, aunque algunos se empeñan en anteponer el prefijo «neo» para que tal vez nos parezca menos rancio, como *neoliberalismo* o *neofascismo*.

En cambio, algunas palabras ya no tan nuevas como *ecocidio* o *crimen universal contra el medioambiente* y, por lo tanto, contra todos, no son aceptadas porque no se consideran políticamente oportunas o económicamente convenientes. Debo reconocer que nunca pensé que esta desazón me llevara a tal punto de pesimismo, siendo como soy una persona positiva y proactiva que mira siempre hacia adelante para construir, a pesar de los derribos y las demoliciones impuestos. Pero desde ese pesimismo debe brotar la esperanza, la indignación activa para mejorar esta caótica situación. Será el esfuerzo común el que nos saque de la especie de *impasse* apocalíptico en el que estamos metidos.

Desde una óptica progresista, construir una alternativa creíble que propicie el nuevo y necesario bienestar de la sociedad, exige un trabajo común para que las cosas cambien y, previamente, reconocer la realidad en la que vivimos como primer paso para transformarla. En este sentido, otro de los pocos efectos positivos de la pandemia de la covid-19 ha sido

la posibilidad que ha dado al planeta de iniciar un proceso de regeneración. Sin la acción humana, sin la contaminación ni la agresión química o la deforestación que son la tónica diaria, la naturaleza ha conseguido ir recuperándose. ¿Cómo sería la vida si los seres humanos mantuviéramos un confinamiento continuo en aquellas acciones que producen la muerte y la degradación de la madre tierra? Estas son las reflexiones que debemos trabajar unidos para ponerlas en práctica. El confinamiento demostró, una vez más, que unidos somos más fuertes, que estamos todos interconectados, que lo que ocurre en un mercado de Wuhan acaba llegando a los distintos rincones del planeta, al igual que la radioactividad de Chernóbil o Fukushima o los plásticos que desechamos y que terminan inevitablemente en el fondo marino o creando islas en medio del océano.

Cuando digo unidos, quiero decir también que debemos permanecer activos, comunicados y coordinados, y no como antes que dejábamos toda la responsabilidad de las decisiones del rumbo del país o de la humanidad en un grupo reducido de políticos o empresarios que, año a año, delante de nuestros ojos, se reúnen en Davos para decidir los destinos de la humanidad. Esto es lo viejo y debe acabar. La humanidad somos todas y todos y debemos opinar y sobre todo participar, actuar y recuperar el protagonismo que nos corresponde. No nos podemos quedar de brazos cruzados, como no lo hicimos ante la pandemia, porque si no llegaban las mascarillas las fabricábamos nosotros mismos; si los sanitarios no tenían Equipos de Protección Individual (EPI) los elaboramos así fuera con bolsas de basura, por no hablar de las máscaras de plástico de distinto tipo.

Pienso, firmemente, que la política es necesaria para armonizar nuestras vidas en democracia, pero cometeríamos un gravísimo error de no evaluar las consecuencias de lo que estamos

viviendo. Debo confesar que mis reflexiones han pasado de ser intelectuales a vitales. He padecido los efectos de la covid-19, quizás nunca me abandonen y no me dejen disfrutar con plenitud de una vida que ha cambiado. Por ello no puedo ser transigente con los discursos políticos vacuos y anodinos que algunos se empeñan en mantener y de ahí que este libro sea una advertencia para que no permanezcamos en esa especie de nirvana inducido por algunos que buscan profundizar en la indiferencia dejando espacio a la mediocridad y el engaño. No nos queda tiempo para estas canalladas.

Veo cómo la derecha y la extrema derecha usan y abusan hasta la extenuación de las noticias falsas aquí y en otros países y eso es algo peligroso para la política. Lo que ocurría antes de la pandemia ahora se ha acrecentado. La peste está ahí, pero no la del coronavirus, sino la del fascismo, que es la que me preocupa sobremanera.<sup>5</sup>

Creo que este mismo temor es lo que llevó a que, en junio del 2020, en medio mundo tuvieran lugar protestas contra el racismo y contra la violencia policial a raíz del asesinato en Estados Unidos de un ciudadano negro a manos de un salvaje agente blanco. Fue un clamor internacional contra un virus peor que una pandemia, contra el que la única vacuna posible es la educación. Son los tintes fascistas de un gobierno como el que preside Donald Trump, basado en la intolerancia y la convicción en la supremacía de raza.

Tal reacción de una ciudadanía dispuesta a dar batalla defendiendo los derechos humanos, alienta y da ánimos.

Necesito pensar que aún estamos a tiempo, y por ello viero estas reflexiones que destilan cierta amargura y frustración por lo perdido, aunque contienen un grito de esperanza para recuperarlo o, más exactamente, una llamada o una exaltación para que, de una vez por todas, despertemos y comencemos a

construir algo nuevo que recicle esos valores y principios de la izquierda y que, a la vez, se abra a incorporar otros planteamientos progresistas o ambientalistas que se están formando en la sociedad civil que comienza a resurgir con renovadas energías. Será de la conjunción de todos ellos, y en el crisol de la reflexión y el análisis con mirada de presente y de futuro con conciencia de especie, de especie humana que habita un único planeta, desde donde surja esa alternativa que con urgencia necesitamos. O, al menos, eso quiero creer y por eso escribo.

## ¿Disfrutaste el libro que comenzaste a leer?

Podés adquirirlo aquí,  
en [www.editorialmarea.com.ar](http://www.editorialmarea.com.ar)  
y en cientos de librerías.

Gracias por apoyar con tu lectura y  
recomendaciones este proyecto editorial.

